

tiéndose el mariscal Suchet á la revolución que se había verificado, hizo ondear la bandera tricolor en toda la provincia y puso nuestras plazas fronterizas al abrigo de las tentativas exteriores. Por nuestros precedentes relatos, se ha visto lo que aconteció desde Grenoble hasta Besanzón; así, pues, las inquietudes que hubieran podido abrigarse por nuestras plazas no se habían realizado en ninguna parte, y el enemigo, á pesar de sus deseos, no había logrado apoderarse por sorpresa de ninguna.

El progreso de la autoridad imperial no era en el interior ni menos general ni menos rápido. El mariscal Saint-Cyr, que salió de París el 20 de marzo con Mr. de Vitrolles, se dirigió á Orleáns, donde mandaba en jefe el general Dupont. Encontrando las tropas insurreccionadas, mandó cerrar las puertas de la ciudad, destruir el pabellón tricolor y arrestar al general Pajol, que era el autor del movimiento; pero habiendo logrado penetrar algunos oficiales enviados de París, y poniéndose de acuerdo con el 1.º de coraceros, de guarnición en Orleáns, este regimiento montó á caballo espontáneamente, asaltó la residencia de las autoridades, libertó al general Pajol y puso en fuga al mariscal Saint-Cyr, quien se retiró á toda prisa hacia el bajo Loira. Apoderándose del mando el general Pajol, proclamó en Orleáns y en sus alrededores el restablecimiento de la autoridad imperial.

Aquella importante porción de terreno bañada por el Loira se hallaba, pues, conquistada. En Angers, el duque de Borbón, después de haber hablado con monsieur de Auticamp y los principales jefes vandeanos, comprendió que si los antiguos perturbadores de la Vendée estaban dispuestos á agitarse una vez más, la población de los campos, aunque realista, no tenía ya bastante ardor para desafiar los horrores de la guerra civil, cuyo recuerdo estaba aún vivo en todos los ánimos. Comprendiendo que su presencia en aquellos sitios era más perjudicial que útil á la causa del trono, aceptó el príncipe el consejo de retirarse que todos le habían dado. Un oficial de gendarmería, el comandante Noireau, enterado de lo que ocurría, le ofreció pasaporte bajo la condición de que lo usaría sin pérdida de tiempo, condición que el príncipe aceptó sin titubear, yendo á embarcarse á Nantes y dejando la comarca de Angers, no favorable á Napoleón pero pacífica.

El general Clausel, enviado al Gironde, se detuvo en Angulema y allí recibió en nombre del emperador la sumisión de los departamentos vecinos. Después, haciéndose seguir de una parte de la gendarmería, se encaminó hacia el Dordoña para reunir allí las tropas y desempeñar la misión que respecto de la ciudad de Burdeos le habían encomendado.

En esta gran población reinaba una agitación extraordinaria, producida por la presencia de la duquesa de Angulema y la de Mr. Lainé y Mr. de Vitrolles. Los habitantes realistas, por egoísmo y por convicción, desolados con el regreso de Napoleón, que iba á ocasionar de nuevo la clausura de los mares, se sublevaron á la vista de la duquesa de Angulema, que llegó á Burdeos con el príncipe su esposo para celebrar el 12 de marzo, y prometieron sostener la causa de los Borbones. Estas vivas demostraciones se hacían en presencia de dos regimientos, el 8.º de ligeros y el 62 de línea, que se

hallaban de guarnición en Burdeos, viéndolo todo con un silencio poco tranquilizador, que hacia presagiar que al aspecto de la bandera tricolor enarbolada en la orilla derecha del Gironde manifestarían sus sentimientos y pondrían fin á una insurrección sin consistencia.

Mr. de Vitrolles, después de haber comunicado á la princesa las intenciones del rey, se dirigió á Tolosa para establecer en esta capital el centro del gobierno real del Mediodía. Decretó levas de hombres y de dinero, colocó por su propia autoridad al mariscal Pérignon al frente de las fuerzas realistas, y procuró sostener correspondencia con Burdeos, donde había quedado la duquesa de Angulema, y Marsella, adonde fué á toda prisa el duque su esposo. El príncipe se dirigió efectivamente á Marsella, y fácilmente se comprenderán, sabiendo el espíritu que dominaba en esta ciudad, las vehementes manifestaciones de que fué objeto. Habiendo odiado siempre al imperio, al verse amenazada de nuevo de morir de hambre después de haber soñado más bien que disfrutado la abundancia, era presa de una especie de furor, y acogió al duque de Angulema con transportes de júbilo que se asemejaban á un delirio. El mariscal Massena mandaba en medio de estas poblaciones incandescentes con la sangre fría desdeñosa de un militar que había logrado en otro tiempo domar á los calabreses y á quien no causaban espanto los gritos de la multitud. Al acompañar al príncipe el día de su entrada, vió un grupo de mujeres del pueblo que con sus hijos en los brazos se pusieron delante de su caballo, se arrojaron á sus pies y le dijeron en el idioma de su país: «Mariscal, ¡no hagáis traición á este buen príncipe!» Cuidándose muy poco de estas demostraciones, no profesando afecto ni á la dinastía que bajaba del trono ni á la que volvía á ocuparle, y deplorando las nuevas convulsiones que tanta sangre debían costar á Francia, resolvió encerrarse en la estricta observancia de sus deberes militares. Así, pues, dió al duque de Angulema dos regimientos, el 58 y el 83, y una columna de voluntarios con los cuales debía este príncipe intentar apoderarse, remontando el Ródano, de Grenoble y Lyon. El mariscal Massena, que no quería acompañarle en esta campaña, permaneció en Marsella para sostener en esta capital el orden, y sobre todo para vigilar á Tolón, decidido á hacer sentir el peso de su dura mano sobre cualquiera que procurase entregar á los ingleses este gran arsenal marítimo.

Tal era el estado de las cosas durante los días 23 y 24 de marzo en las diversas partes de la Francia. Informado Napoleón de la retirada de Luis XVIII, de la sumisión de las provincias del Norte y del Este, seguro en vista de esto de la conservación de las plazas fronterizas, y no dudando de la sumisión de la Vendée, al menos por entonces, la insurrección del Mediodía apenas le preocupaba, por más que se extendiese desde Burdeos á Marsella. Sólo la conservación de las plazas le había causado alguna inquietud, porque hubiera sido una gran desgracia para él que el enemigo hubiera ocupado unas fortalezas como las de Lille, Metz ó Strasburgo. Tranquilo respecto de este importante punto, y libre de la presencia del rey, la que por lo demás sólo hubiera sido un estorbo para el nuevo gobierno, se consideraba en plena posesión del imperio si lograba conciliar su autoridad con la nueva independencia de

los ánimos, y sobre todo pacificar la Europa ó vencerla; estaba seguro de comenzar un segundo reinado acaso menos brillante, pero más próspero que el primero, y más meritorio si sabía substituir con las dulzuras bienhechoras de la paz las sangrientas grandezas de la guerra. Pero él había dudado sin confesarlo á nadie de la pacificación de la Europa, y en realidad no contaba más que con una campaña corta y rigurosa llevada á cabo con los recursos que la Francia un poco tranquila y trescientos mil soldados llegados del extranjero ofrecían á su poderoso genio militar.

Pocos días después de su arribo á París, pudo apercibirse de la verdad de sus presentimientos, puesto que mientras todo se sometía á su influjo en el interior, en el exterior tomaban los asuntos un carácter de inusitada violencia. Los Borbones al retirarse habían distribuido una declaración del congreso de Viena que era de la mayor gravedad. Al pronto se calificó de dudosa la autenticidad de esta declaración, y Napoleón favoreció esta duda que le convenía; pero por sus resoluciones y su estilo no pudo menos de reconocer el furor de sus enemigos, furor que se había atraído por el intolerable abuso que durante quince años había hecho de la victoria. Según la mencionada declaración, las potencias reunidas en Viena, «considerando que Napoleón Bonaparte había destruido el único título legal sobre el que descansaban su existencia y atentado contra la paz general al violar el tratado de 11 de abril, le colocaban fuera del alcance de las leyes de las naciones, exponiéndole á sufrir la suerte reservada á los más viles criminales.» La conclusión evidente de esta declaración era la de que cualquiera que pudiera apoderarse de él y fusilarle inmediatamente, prestaría á la Europa un señalado servicio. No era esto para un gran hombre, que sin duda ninguna había atormentado á la Europa, pero cuyo poder habían lisonjeado y explotado todos los príncipes vivientes, igualando su ambición; no era esto, repetimos, para este gran hombre un acto digno de las costumbres del siglo, y sólo el orgullo, la avidez y el miedo podían no justificarle sino explicar su causa.

Napoleón pensaba publicar esta declaración después de pasados algunos días, cuando tratase de dar á conocer por completo á la Francia la situación en que se hallaba. Por de pronto, reuniendo á la declaración del 13 de marzo algunas otras manifestaciones, veía en su conjunto la realización de todo lo que había previsto y un motivo fundado para prepararse, sin pérdida de tiempo, á sostener una lucha formidable. Por otra parte, nuevas manifestaciones, consecuencia de la declaración del 13 de marzo, no le dejaron la menor duda respecto de sus temores. Apenas Mr. de Caulaincourt puso el pie en el palacio de su ministerio, se presentaron á él las legaciones extranjeras para pedirle sus pasaportes. Los secretarios de las de Inglaterra y de Rusia, cuyos jefes se hallaban ausentes, dieron el anterior paso arrojando por sí toda responsabilidad; los jefes de misión de las de Austria, Prusia, Suecia, Dinamarca, Cerdeña, Holanda, etc., elevaron su petición por sí mismos al ministro, y á pesar de los esfuerzos de Mr. de Caulaincourt para detenerlos persistieron en llevar á cabo su primera determinación.

Respecto de este particular sostuvo Mr. de Caulaincourt con Mr. de Vincent, embajador de Austria, una

larga conversación, procuró por todos los medios posibles convencerle de que la Francia quería la paz y de que al quererla se sometía al tratado de París; pero logró con mucha dificultad que le escuchase el plenipotenciario austriaco, y ni aun siquiera consiguió que se encargase de poner en manos de María Luisa y del emperador Francisco dos cartas de Napoleón. Sin embargo, aun cuando deseaba abandonar á París inmediatamente, consintió en que uno de los secretarios de la legación austriaca, que debía salir un día después que él, fuese portador de las citadas cartas. La humildad entraba por entonces en los cálculos de Napoleón; pero Mr. de Caulaincourt, no queriendo llevar este cálculo demasiado lejos, se contentó con exponer las disposiciones pacíficas de su soberano sin suscitar obstáculos á la partida de los representantes de las diversas cortes, y les envió sus pasaportes el mismo día en que se los pidieron.

Aunque se les dejó partir, se aprovechó la autorización dada por Mr. de Vincent para confiar al secretario de la legación austriaca una carta destinada á María Luisa y otra para el emperador Francisco. La reina Hortensia, en buenas relaciones con la legación rusa desde que Alejandro se constituyó públicamente en su protector, escribió una larga carta á este monarca para darle cuenta de las nuevas disposiciones de Napoleón desde el doble punto de vista de la política interior y exterior; y se la envió por conducto de Mr. de Boutiaín, secretario de la legación rusa y uno de los extranjeros á quien su amabilidad había hecho completamente benévolo hacia su persona, si no hacia su causa. Por el mismo conducto se reveló al emperador Alejandro el tratado secreto de alianza concluido el 3 de enero entre Luis XVIII, la Inglaterra y el Austria contra la Prusia y la Rusia. A este documento añadieron otros que había dejado en París Mr. de Blacas y todos á propósito para dar á conocer al emperador Alejandro los sentimientos que respecto de su persona abrigaban los aliados. La reina Hortensia se aprovechó también de la salida de un intendente de su hermano que se dirigía á Viena para escribir á diferentes personajes, especialmente á María Luisa, y describirles con los más vivos colores el restablecimiento triunfal de Napoleón sobre el trono imperial, el impulso en su favor de las poblaciones, su invencible antipatía hacia los Borbones, y partiendo de este supuesto, la necesidad en que se veía la Europa, si no quería exponerse á una sangrienta lucha, de aceptar un hecho consumado que no alteraría la paz ni el reparto que se había llevado á cabo en Viena de casi todos los Estados del universo.

La partida de las legaciones, aunque amenazadora, podía explicarse en cierto modo porque, acreditadas cerca de Luis XVIII, carecían de poderes para permanecer al lado de Napoleón. Es verdad que nada les impedía esperar nuevas órdenes sin moverse de sus respectivos sitios; pero su presteza en marcharse no podía ser una declaración de guerra, y lo que importaba era no suscitar semejante declaración, atribuyendo la culpa de todo al congreso de Viena, que no era popular ni en Francia ni en Europa. El único modo digno y no irritante de responder á la medida que habían tomado las legaciones extranjeras era de llamar á las legaciones francesas, que era imposible sostener decorosamente

cerca de príncipes que habían roto sus relaciones con nosotros, y que, en su mayor parte, estaban compuestas de antiguos emigrados, implacables enemigos del imperio. Mr. de Caulaincourt dirigió á los diversos miembros de estas legaciones una circular para declararles que les retiraban sus poderes, que por consiguiente debían volver al territorio nacional, y que debían cumplir inmediatamente este deber. Entretanto les autorizaba á asegurar que la Francia no tomaría la iniciativa de las hostilidades contra ninguna potencia, y que se encerraría en la estricta observancia de los tratados existentes.

En la situación en que se hallaban, era imposible decir ó hacer otra cosa. Sin embargo, respecto de ciertas cortes debía observarse diferente modo de conducta y hasta emplearse medios indirectos con algunas de entre ellas, que no podían demorarse, cualquiera que fuese el resultado que se obtuviese.

La corte de Viena, por ejemplo, además de ser la presidencia del congreso, tenía para Napoleón la cualidad de corte de su familia, y no era de todo punto imposible que lograra algo de ella. Se sabía que el Austria estaba muy descontenta de la Rusia y de la Prusia, que por muy poco no había entrado en guerra con la una y la otra, y que más de una vez había sentido contribuir á aumentar el poder de la Rusia. La perspectiva de contar en París con un hijo político corregido por la desgracia, contenido por las nuevas instituciones; de ver reinar después de él al hijo de una archiduquesa, educado por ella en un espíritu seguramente pacífico; esta perspectiva podía inspirar sabias reflexiones y conducir poco á poco al Austria á abrigar sentimientos distintos de los que habían dictado la declaración del 13 de marzo. Respecto de este particular, había un hombre que podía hacer mucho, y este hombre era Mr. de Talleyrand. Si se lograba ganarle, sería posible ganar á la corte de Viena. Napoleón no sabía entonces hasta qué punto se había comprometido Mr. de Talleyrand con la causa de la legitimidad, y sobre todo hasta qué punto se había enajenado las simpatías de la corte de Viena cediendo á los celos que le inspiraba Mr. de Metternich. Sin embargo, la conquista de Mr. de Talleyrand hubiese sido de un precio inestimable, y con este motivo se imaginó enviarle un personaje singular, hombre de mundo, muy conocido en los salones, desconocido en la política, empleado con frecuencia en ciertas negociaciones secretas, dotado de un talento excepcional, de una gran audacia, ofreciendo el contraste que se encuentra algunas veces de un buen criterio superior con una conducta desordenada, y teniendo sobre Mr. de Talleyrand la influencia de un familiar iniciado en todos los secretos de su vida; este personaje era Mr. de Montrond, y si alguno podía penetrar en Viena, hacerse oír de Mr. de Talleyrand y conducir á París á María Luisa y á su hijo, era él, por su exquisito tacto, sus numerosas relaciones y su temeridad sin igual. Prisionero de Napoleón que le mandó encerrar en Ham á causa de sus sátiras, pudo evadirse de la prisión, volvió á Francia con los Borbones, y se hallaba pronto, impulsado por su afición á las aventuras, á emprender cuanto le encargasen, aun cuando fuera en provecho de su antiguo perseguidor. El duque de Otranto, reputado como maestro en el arte de buscar

medios ocultos, fué quien pensó en emplear á Mr. de Montrond, y Napoleón consintió en ello convencido de que podría serle útil. Se cargó á este singular enviado de cartas de Mr. de Caulaincourt para Mr. de Menneval (que permanecía al lado de María Luisa) y para otros varios personajes de influencia; se le autorizó para pactar las condiciones con los que quisieran contribuir á la paz, Mr. de Talleyrand, Mr. de Dalberg y otros; se le prometió, si lograba llegar al lado de María Luisa y decidirla á salir de Viena, proporcionarle los medios de llevar á cabo esta evasión, y se le abrieron los créditos necesarios para que no faltasen á la inagotable fecundidad de su ingenio recursos pecuniarios. He aquí los medios que Napoleón se veía precisado á emplear para penetrar hasta el seno de los gabinetes, que durante tanto tiempo había dominado y humillado. Mr. de Montrond partió con los correos de gabinete que llevaban á las legaciones francesas la orden de volver á la madre patria; pero previendo que todas las fronteras se hallarían cerradas, se hizo dar el pasaporte de un abate agregado á la diplomacia romana, y de este modo logró engañar á las policías europeas y salir al camino de Viena, que no podían abrirse nuestros correos de gabinete.

Además de la misión secreta de que hemos hablado, se hicieron al llamar á los agentes diplomáticos de la Francia algunas excepciones, autorizadas por las conveniencias y prescritas por la política. Mr. Serrurier, ministro de Francia en los Estados Unidos, fué sostenido en su puesto, tanto porque la América se había mostrado siempre amiga del imperio como porque Mr. de Serrurier se había conducido con mucha prudencia. Los secretarios de legación que se hallaban en Suiza, en Roma y en Constantinopla recibieron la orden de permanecer en sus respectivos puntos, y hasta se les dió el título de encargados de negocios.

La Suiza, que entonces ya se hallaba constituida, parecía muy decidida á conservar su neutralidad, y esta neutralidad cubría una parte importante de nuestra frontera y merecía que se hiciesen los mayores esfuerzos para no comprometerla. Además se sabía que la corte de Roma estaba descontenta de la obstinación de los Borbones en revocar el Concordato, y le ofrecieron con el abandono de toda idea de este género la garantía de su antiguo territorio comprendiendo en él las Legaciones. En cuanto á la Puerta, Mr. de Riviere, nombrado por Luis XVIII embajador en Constantinopla, fué detenido en Tolón, y Mr. Ruffin, nuestro antiguo encargado de negocios, recibió instrucciones que le recomendaban lisonjear en todo al sultán Mahmud. El milagroso triunfo de Napoleón podía haber fascinado la imaginación sensible y supersticiosa de los turcos afiliándolos á la causa imperial. Por último, al encargar á Mr. de Laval que regresase de Madrid, como se conocían las diferencias que se habían suscitado entre las dos casas de Borbón con motivo del arresto de Mina en el territorio francés, se envió un oficial para tratar la cuestión del canje de los prisioneros, que hasta entonces no había sido resuelta, y se autorizó á este oficial á no ceñirse sólo al objeto aparente de su misión. Por más que la coalición fuese todavía general, era algo tener por amigos ó neutrales á la América, la Suiza, la Santa Sede, la Turquía y la España.

Napoleón consentía en todo esto para decirse á sí mismo que no había descuidado nada, y para probar á la Francia que sacrificaba su amor propio al deseo de mantener la paz; pero sólo contaba con su espada para vencer la mala voluntad de las potencias europeas; razón por la cual se aprovechó de la sumisión de las provincias del Norte y del Este para coordinar sin pérdida de tiempo el plan de sus preparativos militares. Llegado á París el 20 de marzo, invitó al mariscal Davout el 21 por la mañana á trasladarse á las oficinas de su ministerio, le designó los empleados que más al corriente se hallaban en el desempeño de la vasta administración de la Guerra, y llamó á estos mismos empleados á las Tullerías á fin de comunicarles sus primeras órdenes. Sabiendo por experiencia que la formación de los cuerpos de ejército apremiaba más aún que la organización de los regimientos, porque una vez formados los cuerpos todo afluiría á ellos en breve tiempo, hombres y cosas, comenzó por disponer la mencionada formación y por dotar á cada cuerpo con un estado mayor completo.

Con las tropas acantonadas en el departamento del Norte formó el primer cuerpo, nombró al conde Drouet de Erlón su general en jefe y le estableció en Lille. Las tropas que salieron de París al mando del general Reille debían constituir el 2.º cuerpo, y las designó Valenciennoises como punto de reunión. Este cuerpo tenía que ser el más considerable, porque estaba llamado á comenzar las hostilidades; y por más que Napoleón abrigase el proyecto de operar por Maubeuge, colocó al 2.º cuerpo un poco hacia la izquierda, es decir, en Valenciennoises, á fin de ocultar mejor los designios que le animaban (1).

El 3.º, confiado al general Vandamme, y acantonado en los alrededores de Mezieres, reunió todas las tropas diseminadas en las Ardenas y la Champaña. El 4.º, á las órdenes del general Gerard, establecido en las cercanías de Metz, fué formado con las tropas de la Lorena. El 5.º, destinado al general Rapp, tenía por centro de formación á Estrasburgo y por elementos los regimientos de la Alsacia.

Estos cuerpos ofrecían la ventaja de cubrir cada una de nuestras fronteras y la de prestarse por su situación á una concentración de fuerzas que Napoleón pensaba hacer rápida y completamente imprevista, por medio de profundas combinaciones que daremos á conocer en lugar oportuno. Maubeuge era el punto de esta concentración pensada ya por él, y quería operarla, no sólo replegando las alas hacia el centro, sino también la retaguardia hacia la vanguardia. Con este motivo resolvió formar un 6.º cuerpo, compuesto de las tropas que hubiese en París, las cuales por Soissons, Laón y La Fere podían llegar á Maubeuge en poco tiempo. Este 6.º cuerpo lo confió al general conde de Lobau, que mandaba la primera división militar.

Ya hemos dicho que deseando restablecer la disciplina en los regimientos, dispuso que pasasen casi todos por París, y que allí fuesen inspeccionados por el conde de Lobau. De resultados de esto podía contar con tener muchas tropas en la capital y era por tanto fácil cons-

(1) Las cartas de Napoleón fechadas en los días 25, 26, 27 y 28 de marzo, prueban que el plan que adoptó para esta campaña estaba combinado en su mente desde esta época. (N. del A.)

tituir un cuerpo numeroso, vigorosamente organizado, y que partiendo de París, al mismo tiempo que el 1.º salía de Lille y el 4.º de Metz, formase con el 2.º y el 3.º una masa compacta en Maubeuge. De este modo es como Napoleón, con un arte superior, hacía concurrir á un mismo objeto las diversas combinaciones prescritas por las circunstancias.

Al 6.º cuerpo añadió Napoleón la guardia imperial, cuya reorganización se proponía llevar á cabo en grande escala. Dividió la antigua guardia en cuatro regimientos de cuatro batallones (comprendiendo en ellos á los granaderos y cazadores) y la guardia joven en doce regimientos de dos batallones, aumentándolos con una fuerte caballería y la antigua reserva de artillería, que se había señalado en todas las batallas del siglo. Napoleón pensaba que con el 6.º cuerpo y la guardia tendría una reserva de cincuenta mil hombres, que unida á los cuatro cuerpos acantonados desde Lille á Metz, le permitirían tomar la ofensiva al frente de ciento cincuenta mil combatientes (más ó menos, según el tiempo que le dejasen para prepararse), y como no indicaba en modo alguno el proyecto de tomar la ofensiva y mucho menos de tomarla por Maubeuge, su plan podía ser suficientemente preparado permaneciendo oculto todo el tiempo posible.

El 5.º cuerpo, establecido en Alsacia, es decir, fuera de estas combinaciones, debía cubrir el alto Rhin y formar un segundo punto de concentración si el grueso de la guerra se dirigía por este lado. Podía reunirse con las tropas que Napoleón destinaba á custodiar los Alpes, operar contra la Suiza si no hacía respetar su neutralidad, ó contra la Italia, si Murat, como podía temerse, era demasiado débil para dar que hacer por sí solo á los austriacos. Hallándose colocado este cuerpo fuera de las operaciones del Norte, necesitaba en calidad de jefe uno de esos hombres que saben obrar por sus propias inspiraciones sin el auxilio de una voz inteligente que los guíe. Napoleón escogió al mariscal Suchet para confiarle el mando de estas fuerzas. Se propuso crear más tarde un 7.º cuerpo para que vigilase los Alpes marítimos, y por último un 8.º, que si no podía utilizarlo en contener á los españoles, poco peligrosos por entonces, serviría para contener al Mediodía de la Francia, cuyas disposiciones eran muy sospechosas. Este 8.º cuerpo lo destinaba al general Clausel, encargado, como saben nuestros lectores, de someter al imperio los revueltos ánimos de Burdeos.

Ordenando sin pérdida de tiempo la formación de estos cuerpos, á los que dió el título de *cuerpos de observación* para quitar á sus actos todo carácter de provocación, todavía quedaban á Napoleón tres meses para organizarlos. Los generales puestos á su cabeza, de Erlón, Reille, Vandamme, Gerard, Rapp y Suchet, perfectamente elegidos desde todos los puntos de vista políticos y militares, recibieron orden de trasladarse sin demora á los puntos indicados y de reunir sus tropas fuera de las plazas. Con este fin cada regimiento al incorporarse á su cuerpo debía alistar sus hombres disponibles en sus dos primeros batallones y dejar el cuadro del tercero en las plazas para desempeñar en ellas las funciones de depósito. Contando con un crecido número de oficiales de reemplazo, Napoleón decretó la inmediata formación en cada regimiento del cuarto,

quinto y sexto batallón. Cuando los hombres llamados á las armas por los medios que vamos á decir estuviesen en el depósito, debía desde luego completarse el tercer batallón, que convertido á su vez en batallón de guerra se reuniría con su regimiento en el cuerpo de ejército. El cuarto y el quinto harían lo mismo á medida que fuesen llegando hombres al depósito.

Acordada esta sencillísima organización, faltaba procurarse los medios para llevar á cabo el llamamiento de hombres. He aquí cómo se arregló Napoleón para encontrarlos.

Contaba en las filas el 20 de marzo de 1815 ciento ochenta mil hombres, con licencia semestral tenía cincuenta mil, y reunidos unos y otros á la primera señal podía reunir en un momento dado un efectivo de doscientos treinta mil hombres. Esto era poco, y sin embargo no se hubiera llegado á esta cifra total si no se hubiera llevado á cabo el armamento pedido por Mr. de Talleyrand á Luis XVIII. Afortunadamente poseía la Francia entre los soldados que habían regresado del extranjero y que permanecían en sus casas una masa de hombres mucho más considerable. Si se recuerda lo que ya hemos expuesto acerca de la organización del ejército bajo la dominación de los Borbones, se comprenderá fácilmente lo que vamos á decir.

En el momento en que abdicó Napoleón, había en Francia y en Europa el número siguiente de soldados franceses de todas armas, los unos reunidos en cuerpos de ejército, los otros de guarnición en las plazas lejanas ó todavía prisioneros en poder del enemigo. Durante la campaña de 1814, Napoleón tenía bajo su mando directo sesenta y cinco mil hombres, el general Maisón quince mil, el mariscal Soult treinta y seis mil, el general Decaen cuatro mil, el mariscal Suchet doce mil y el mariscal Augereau veintiocho mil, total ciento sesenta mil combatientes que formaban el ejército efectivo. Las plazas del interior contenían noventa y cinco mil, lo que elevaba á doscientos cincuenta y cinco mil sobre poco más ó menos el efectivo real que había en el territorio francés. En las guarniciones de Cataluña habían quedado veinticuatro mil hombres, treinta mil en las del Piamonte y en Italia, y más de treinta y dos mil defendiendo el Adige á las órdenes del príncipe Eugenio, conducidos á Francia por el general Grenier. En Magdeburgo, en Hamburgo y en las diversas plazas de Alemania había sesenta mil hombres y cuarenta mil en las plazas cedidas por el convenio del 23 de abril, tales como la de Amberés, Wesel, Maguncia, etc., lo que formaba un total de ciento ochenta y seis mil hombres empleados en las guarniciones de la España, la Italia, la Alemania y la Bélgica; y además debían recobrase ciento treinta mil prisioneros de Rusia, de Alemania y de Inglaterra, por más que el número de estos últimos fuese en realidad más considerable. Si todos estos soldados se hubieran hallado en el interior, la Francia hubiera poseído un armamento formidable, puesto que además de cuarenta mil gendarmes, veteranos, estado mayor, que es necesario siempre en las sumas francesas añadir á la cifra del efectivo total, contara con seiscientos ó seiscientos diez mil soldados, la mayor parte aguerridos, y de los cuales la mitad por lo menos habían hecho todas nuestras guerras. Si en 1815 hubiera podido Napoleón reunir en torno suyo este personal

completo, hubiera sido invencible y la Francia con él; pero he aquí en lo que estas masas de hombres se habían convertido después de concluida la paz.

Después de la abdicación en Fontainebleau, como dijimos, se introdujo la deserción entre los soldados. Los unos por desaliento patriótico, los otros por su aversión al servicio, del que no habían conocido más que los horrores, abandonaron la bandera que la autoridad militar no tenía ya gran interés en defender. Se calcula que en esta época desertaron de ciento setenta á ciento ochenta mil hombres, ya de las tropas estacionadas en el territorio ó ya de las que regresaban del extranjero. Hubieran podido quedar en las filas cerca de cuatrocientos veinte mil, pero el presupuesto de la restauración, como expusimos á su tiempo, apenas permitía sostener una tercera parte de estas fuerzas. Fué preciso, pues, deshacerse del sobrante, empleando para ello diversos medios. Se envió á sus respectivas casas á veinticinco mil hombres convertidos en extranjeros á causa de las cesiones de territorio. Se licenció de real orden á los que pertenecían á la quinta de 1815, con los que se perdieron cuarenta mil más, y por último se dieron licencias absolutas á ciento quince mil soldados de todas edades por haber suficientemente pagado su deuda á la patria ó haber adquirido en el servicio del Estado achaques de más ó menos gravedad. El efectivo quedó de esta manera reducido á doscientos treinta mil hombres, y como, á pesar de lo escaso que era no podía pagársele por completo, el ministro de la Guerra dió licencias semestrales á cincuenta mil, y el número de soldados realmente en activo servicio tuvo que limitarse á ciento ochenta mil.

Tal era el exacto estado de nuestras fuerzas el 20 de marzo de 1815; ciento ochenta mil hombres en las filas y cincuenta mil con licencia, que á la menor indicación de las oficinas de la Guerra podían ser reunidos inmediatamente. Por lo tanto, la primera medida que debía tomarse era la de llamar á estos cincuenta mil hombres; pero aun llamándolos, y elevando el efectivo á doscientos treinta mil, era imposible con este solo medio formar los tres primeros batallones de guerra de quinientos hombres cada uno, y mucho menos todavía emprender la formación de los cuartos y quintos batallones. Así, pues, era necesario hacer otros llamamientos. La quinta, convertida en odiosa por Napoleón é imprudentemente abandonada por los Borbones, no podía ser empleada de nuevo sin despertar por un instante los más tristes recuerdos. Quedaba el recurso de buscar hombres en el inmenso personal que había regresado á Francia y se hallaba diseminado en toda la extensión del territorio. La mejor parte de este personal, por sus sentimientos y por su experiencia en la guerra, eran los prisioneros que habían vuelto del extranjero; pero en su mayor número los recién llegados se hallaban en las filas, porque para hacerles lugar se había despedido á los otros. No podían dirigirse á los once mil que habían recibido licencia absoluta, puesto que habían abandonado el territorio, y no había más recurso que apelar á los que habían desertado, y en último caso, á los quintos de 1815. A los desertores se les había considerado como haciendo uso de licencia sin sueldo, para no verse en la precisión de obrar contra ellos, pudiéndoselos llamar bajo este supuesto, y de los ciento sesenta mil sobre

poco más ó menos que aún eran súbditos de Francia, se esperaba recuperar la mitad, es decir, ochenta mil, lo que haría subir el efectivo de doscientos treinta á trescientos diez mil hombres, ó trescientos mil nada más. Pero este número no era todavía suficiente y no había más remedio que recurrir á los quintos de 1815. Esta quinta fué sorteada por decreto en 1814, decreto que ninguna nueva disposición había abolido; así, pues, podía ser invocado y utilizar los quintos previa una decisión del consejo de Estado fácil de conseguir. En vista de esto, sin decretar un nuevo sorteo, podía contarse con los medios de hacer un reclutamiento abundante, porque estos quintos no eran menos de ciento cuarenta mil hombres licenciados de real orden. Contando con la falta de tiempo y la mala voluntad de algunas provincias, el total no podía ser menor de cien mil hombres y en este caso el ejército de línea se elevaba á cuatrocientos mil acostumbrados á la guerra en su mayor parte, ó habiendo al menos permanecido algún tiempo en las filas, ventaja considerable, que debía añadir mucho valor á la fuerza numérica de este efectivo.

Para que semejante ejército bastase y pudiese resistir á la coalición, era preciso que fuese puesto por completo en actividad y que no tuviese que encargarse de la defensa de las plazas. Un medio había de evitar este escollo, y Napoleón le adivinó en el acto, tal era su llamamiento á las milicias nacionales, combinado de modo que no se utilizase más que la parte capaz de servir y no recurriendo á ella más que en las provincias animadas de un ardiente patriotismo. En aquella época existía en nuestras leyes una disposición que permitía hacer semejante elección. Formando aparte las compañías escogidas con el título de granaderos y de cazadores (modo de obrar copiado de nuestros regimientos de infantería), las autoridades locales encargadas del empadronamiento podían introducir solamente en estas compañías á los hombres jóvenes, aptos, con disposiciones militares, hasta con práctica del servicio y no siendo casados ni necesarios á sus familias. Ya se había hecho esto en 1814 y en Fere-Champenoise se había tenido un ejemplo de lo que podían unas milicias nacionales organizadas y escogidas de este modo. Bastaba, pues, establecer la institución de las compañías escogidas para proporcionar un precioso suplemento al ejército activo, y esta operación debía ser singularmente fácil por hallarse en el campo una porción de antiguos soldados cumplidos y mucho mayor número de poseedores de bienes nacionales.

Con comités de alistamiento bien organizados en cada distrito era fácil, admitiendo á los antiguos militares y á los ciudadanos que se distinguían por la vivacidad de sus sentimientos, formar batallones de quinientos á seiscientos hombres cada uno á propósito para prestar un buen servicio. El considerable número de oficiales de reemplazo aumentaba á la facilidad de crear estos batallones la de encerrarlos en excelentes cuadros. Napoleón calculó que armando de este modo la trigésima parte de la población, podría reunir cerca de un millón de hombres, y limitando este llamamiento á las provincias fronterizas, exasperadas por la última invasión y vecinas por otra parte á las plazas fuertes que se trataba de custodiar, contaría cómodamente con cuatrocientos

batallones que sólo con quinientos hombres cada uno proporcionarían doscientos mil soldados. Por lo demás, no sería difícil incitar á los loreneses á defender á Thionville, Nancy y Metz, á los alsacianos á defender á Estrasburgo, á los habitantes del Franco Condado á defender á Besanzón, y á los del Delfinado á defender á Grenoble, Embrún y Brianzón. Limitándose por el pronto á las Ardenes, la Champaña, la Borgoña, la Lorena, la Alsacia, el Franco-Condado, el Lyonés, la Auvernia y el Delfinado, la reunión de doscientos mil hombres en compañías escogidas era segura, y entonces el ejército de línea quedaba disponible en su totalidad. Los hombres encargados de la custodia de las plazas, además de formar en ellas excelentes guarniciones, podían, al menos los que estuvieran mejor organizados, constituir divisiones de reserva capaces de auxiliar útilmente al ejército activo y aun de ingresar en sus filas. El ejército se vería de este modo indemnizado de los hombres que dejase en los depósitos, y recobraría su efectivo de cuatrocientos mil hombres, que guiados por Napoleón bastaban para anonadar á la coalición si le daban tiempo para realizar todos los detalles de su plan. La Francia se hallaría, pues, en el caso de oponer á la Europa seiscientos mil combatientes, cuatrocientos mil de tropas activas y doscientos mil de guarniciones. Era muy bastante para una campaña, por sangrienta que fuese; y si en esta campaña conseguía el triunfo, era posible que la coalición no intentase emprender una segunda lucha. Después de esto, parecía posible, no mostrándose demasiado exigente, que Napoleón alcanzase una paz moderada, infinitamente más ventajosa que la de París.

Estos fueron los principios sobre los cuales basó Napoleón su plan de resistencia nacional contra el extranjero. La presencia de una inmensa cantidad de antiguos soldados, el espíritu de los campesinos irritados contra la nobleza y el clero, la existencia de un gran número de oficiales de reemplazo, contribuiría á facilitar la realización de este plan, mucho más que las circunstancias ordinarias hubieran podido hacerlo.

Napoleón, á quien su experiencia administrativa indicaba cómo y en qué momento debía hacer cada cosa, dictó las diversas medidas que hemos mencionado en el orden conveniente. Si hubiese tratado de realizarlas todas á la vez, por más que no le faltasen razones para apresurarse, hubiera resultado de su presencia, además de una inmensa confusión, una emoción más viva de la que convenía entonces producir en los ánimos. No quería ocultar nada, pero no quería que el día siguiente de su llegada fuese la señal de una especie de levantamiento general, porque no hubieran dejado de atribuirlo á sus inclinaciones, en vez de atribuir á la necesidad este llamamiento desesperado á la adhesión del país.

Por este motivo, resolvió empezar sus operaciones expidiendo á los soldados que gozaban de licencia semestral la orden de reunirse en las filas. Algunos días después, un decreto debía disponer que se juntasen en torno de las banderas los militares que las habían abandonado sin autorización, y en seguida el consejo de Estado debía emitir su dictamen sobre la cuestión de saber si el decreto que había mandado el sorteo de la quinta de 1815 era todavía válido. Si se hubiese pretendido llevar á cabo estas tres operaciones á la vez, las